

Cuando nos sentamos para tomar una gaseosa en un pequeño café al lado de la estación, un cierto número de niños de aspecto lastimoso pasó por nuestro lado, algunos cubiertos de úlceras, otro con sólo un ojo, otro con una enorme excrecencia detrás de la oreja, otro tullido. ¡Esta es la joven generación de españoles que el régimen de Franco está trayendo al mundo! Sin embargo los periódicos están llenos de fotografías de un tren cargado de hijos de trabajadores austríacos que son recibidos y agasajados por toda la región. ¿Qué puede pensar el español pobre que lea esto? Como en la Italia de Mussolini, todo en este país se hace para la exhibición y la propaganda.

Tómense por ejemplo los hospitales para tuberculosos que están siendo construidos en muchas provincias. Los periódicos locales de hoy contienen el anuncio de un fondo de 600.000 pesetas que está siendo reunido para construir uno de ellos en la sierra. Uno puede reconocer las buenas intenciones mostradas por esos planes, aunque muchos de esos promotores no vean en ellos más que una nueva oportunidad de hacer negocios sucios, pero preguntemos cuál va a ser su utilidad cuando, debido a la falta de una alimentación suficiente, cada calle de los barrios de las clases trabajadora y media baja de la provincia es una fábrica de tuberculosos.

Como pensábamos irnos de Córdoba al día siguiente, fuimos por última vez a ver el río. Tomando un nuevo camino, llegamos repentinamente a él al final de una angosta calle. Eran las seis de la tarde; la orilla más distante estaba inundada de luz solar, resplandeciendo con dorados pálidos y brillantes verdes de una tonalidad más intensa de lo que puede verse normalmente en un paisaje. El agua era de un pálido azul vítreo, la línea de las casas baja y blanca, mientras al fondo las ondulaciones parecidas a olas de la «campiña» adquirían una intensa translucidez cristalina. No es extraño que Abderramán I se sintiera como en su casa aquí, puesto que parecía como si se encontrara en una ciudad oriental a las orillas del Eufrates.

1 de abril

Habíamos pensado viajar a través de Sierra Morena hasta Mérida, en Extremadura. Hay una línea de ferrocarril que sirve a un cierto número de pequeñas ciudades mineras, pero el único tren salta de Córdoba justo antes del anochecer y viajaba durante toda la noche.

Puesto que deseábamos ver la región y también dormir, aquella ruta no nos servía. Cuando le pregunté a la mujer de la oficina de turismo por qué los españoles preferían viajar de noche, respondió:

—Porque así se ahorran el gasto de una noche en un hotel, y no les importa perderse una noche de sueño.

Así es el español en todas partes. Es un hombre sin conflictos. Cree que siempre tiene razón en todo lo que hace, y su convicción le da más vitalidad y le permite hacerlo con menos sueño, puesto que es durante el sueño cuando son resueltos los conflictos psíquicos.

En consecuencia decidimos cambiar nuestros planes: ir en dos etapas a Ciudad Real, en La Mancha, ver lo que hubiera que ver allí, y luego ir hacia el oeste, hasta Mérida. Aquello significaba pasar menos tiempo en Extremadura, pero ya conocíamos bien aquella región, mientras que nunca habíamos puesto un pie en La Mancha. Nuestra primera etapa consistiría en un viaje en un autobús de línea a través de Sierra Morena hasta Pozoblanco.

Partimos a primera hora de la mañana, y pronto empezamos a subir. Las laderas estaban densamente pobladas con encinas, alcornoques y rebollos, estos últimos con el dorado pálido de su floración. Bajo ellos crecían las jaras malvas y blancas, dos tipos de lavándula, los blancuzcos altramuces, junto con arbustos perennes tales como el lentisco, el madroño y el arrayán. Toda la flora habitual de los maquis. Tras ascender unos trescientos metros o así alcanzamos el Cerro Muriano, una pequeña planicie famosa por sus utensilios paleolíticos y por haber sido el escenario de diversas batallas en los tiempos árabes. También se produjeron algunas características escaramuzas durante la Guerra Civil, que han sido vívidamente descritas por el doctor Borkenau en su libro *The Spanish Cockpit*. Después de rebasarla, la naturaleza laberíntica de esta Sierra, que no es una cadena de montañas sino el borde de la meseta castellana, doblada y fracturada en un cierto número de líneas paralelas, empezó a revelarse. Nos sumergimos en un profundo valle plantado de olivos, que con sus estribaciones y gargantas tributarias nos tomó más de una hora cruzar. Esos olivos, incidentalmente, son de reciente plantación, y aunque no hay pueblos cerca, los aceituneros —hombres, mujeres y niños— acuden a miles de todos los distritos de los alrededores y acampan al aire libre durante un mes.

Otro puerto de montaña, y nos hallamos en una región salvaje de encinas y «jarales», que es como llaman aquí a los brezales cubiertos de jaras. En el «monte bajo» a derecha e izquierda hay lobos, jabalíes

salvajes y ciervos, así como bandidos. Uno puede leer en la correspondencia de Cicerón acerca de los bandidos que merodeaban por aquí en tiempos de los romanos, y sin duda estas colinas nunca se vieron libres de ellos hasta que la Guardia Civil acorraló a los últimos en los 1880. Ahora, como resultado de la Guerra Civil, están de vuelta de nuevo, aunque puestos de soldados mantienen abierta la carretera para el autobús que hace el viaje dos veces por semana. Pasamos junto a algunas casas en ruinas que señalan las viejas líneas de trincheras y luego, tras tres horas y media más de viaje, llegamos a la meseta. Frente a nosotros se extendía Pozoblanco.

Era un lugar feo. Sus brillantes tejas rojas contrastaban con sus edificios de granito encalados y les conferían un aspecto duro y poco amistoso. La llanura a su alrededor, intersectada por aislados muros de piedra, carecía de árboles, como el campo en torno a Aberdeen. Sin embargo, la pequeña «fonda» era limpia y agradable, y nos sentamos ante una comida adecuada.

Tras el café salimos a explorar las inmediaciones. Pronto llegamos a un amplio espacio despejado al extremo de la ciudad. Eras, una fuente y un lavadero, asnos pastando, mujeres llevando cántaros sobre sus cabezas. Ni un árbol por ninguna parte, y a todo nuestro alrededor la gran llanura desolada, alzándose aquí y allá en eminencias coronadas de rocas.

El camino que tomamos atravesaba la «dehesa» o terrenos comunales de la ciudad, y en ella había varias yuntas de mulas y caballos pastando. Al cabo de un rato llegamos junto a dos hombres sentados al lado del camino. Los saludamos, y no tardó en iniciarse la conversación habitual.

—Cuando terminó la guerra —dijo el más viejo— pensamos que podríamos vivir bajo Franco del mismo modo que bajo cualquier otro. Todo lo que deseábamos era trabajar y comer. Pero con los jornales que recibimos, ¿cómo podemos comer? El salario de un jornalero es de 14 pesetas al día, y cuando hemos pagado el alquiler sólo nos queda lo suficiente para comprar nuestras raciones. ¿Y qué son? Cien gramos de pan al día y un litro de aceite al mes. Y sin embargo, España es «la madre del aceite».

—La única esperanza —dijo el joven— reside en la emigración. Pero eso es casi imposible. A mí me gustaría ir a Francia, pero la frontera está demasiado bien guardada. Hace unas cuantas semanas atraparón a algunos jóvenes de esta ciudad intentando cruzarla. ¡Bien, ya sabe usted lo que significa eso! Palizas y más palizas y más palizas. Y

luego una sentencia de prisión que se les llevará diez años completos de sus vidas.

—¡Si tan sólo pudiéramos volver a los tiempos de Primo de Rivera! —terció el más viejo—. Nunca hemos vivido tan bien como lo hicimos bajo él. Construyó carreteras, ferrocarriles, obras de regadío, y se ocupó de que los trabajadores recibieran buenos salarios. Por eso lo echaron para que muriera con el corazón roto. No, España nunca ha tenido un hombre tan grande como él.

—La culpa es de ustedes los ingleses —dijo el joven—. Ustedes derrotaron al fascismo en Alemania, pero lo dejaron en el poder aquí. Sólo tenían que chasquear sus dedos, y Franco hubiera desaparecido, y la República hubiera vuelto. Pero por sus propias razones prefirieron ustedes no chasquearlos. Ahora nuestra única esperanza reside en Rusia.

—¿Ve usted a esos chiquillos cavando en los surcos? —dijo el más viejo—. Apostaría a que nunca adivinará usted lo que están haciendo. Están recolectando raíces de hierba. Las meten en sacos y despojan a la tierra de ellas, y las dan de comer a las mulas y a los asnos. Ese es todo el forraje que obtienen ahora... ¡las raíces de la grama!

—Detrás de esa colina —dijo el joven—, toda la región en leguas a lo largo y a lo ancho está cubierta de robles. Acostumbrábamos a ir allí cuando andábamos escasos de comida y recoger las bellotas y hacer con ellas «gachas» e incluso pan. Pero si hoy en día alguien va allí la Guardia Civil lo vapulea y lo echa. Las bellotas son guardadas para los cerdos.

—Por ejemplo, ¿sabe usted lo que hemos comido hoy? Unas cuantas migajas de pan con algunas naranjas malas. Esta noche iremos a casa y la mujer habrá preparado un poco de harina y judías cocidas con agua. Nada de aceite, puesto que nuestra ración ya se ha acabado. Pero lo más cruel es que esta hambre está destruyendo la vida familiar. Los niños lloran, su madre les pega, y todo el mundo le chilla a los demás. Aquí acostumbraba a haber un gran amor familiar, pero ahora ya queda muy poco. Estamos embruteciéndonos.

—Eso es lo que ellos quieren —dijo el joven—. Quieren destruir nuestra naturaleza humana. Quieren convertirnos en animales. Ese es su programa. Y mientras tanto los ricos, que son propietarios de toda la tierra menos esta «dehesa», no hacen nada excepto comer y beber, conducir sus coches arriba y abajo, y seducir a nuestras mujeres. Esa es la gente que ustedes los ingleses mantienen en el poder por encima de nosotros.

Eran una pareja sorprendentemente despierta e inteligente. El joven había recibido los rudimentos de una educación mientras estaba destinado a una división republicana durante la guerra: allí había aprendido también a esperar, y ahora sus esperanzas se habían visto hundidas. Como fuera que no supe qué contestarles, les pregunté acerca de la «dehesa». Cada habitante de la ciudad, me dijeron, tenía derecho a una porción de terreno en ella, pero sólo podía trabajarla si poseía una «yunta» de caballos o mulas, y algunas semillas de maíz. El precio de una de esas «yuntas» hoy en día era de 300 libras.

Proseguimos nuestro paseo hasta la cima de la elevación. Peñascos de granito, un delgado suelo arenoso y unas cuantas encinas. Debajo se extendía la extensa llanura pedregosa de Pedroches, y más allá una hilera de montañas, alzándose abruptamente como islas. Ninguna flor excepto un insignificante geranio y una pampolina.

En nuestro camino hallamos a un peón caminero, que nos dijo que su salario, pagado por el Estado, era de 11 pesetas al día.

—¿Y cómo consigue vivir con eso? —pregunté.

—Uno no puede llamarlo vivir —respondió—, pero nos las apañamos gracias a que tenemos unas cuantas cabras y gallinas. Y tampoco pagamos alquiler.

Aunque Pozoblanco pertenece a la provincia de Córdoba, no puede decirse que sea de Andalucía. Ese escalón que hay entre el valle del Guadalquivir y las tierras de la «meseta» señala el cambio a una región completamente distinta, tanto geográfica como étnicamente. Tomemos la arquitectura. Las casas, con sus profundas ventanas y sus dinteles de granito, parecen frías y severas, y las calles nuevas y sencillas. La ausencia de erosión las despoja de su edad. Cruzando el umbral de la puerta delantera de cualquier casa uno penetra por regla general en una amplia habitación abovedada, de techo bajo, como una «bodega», con otras habitaciones más pequeñas del mismo tipo abriéndose a partir de ella. Ningún patio. En el café, por ejemplo, donde han sido unidas varias de esas habitaciones abovedadas, uno tiene la impresión de penetrar en una cripta.

La gente también es completamente distinta de los andaluces. Es dura y severa, con una expresión de finalidad y determinación que a buen seguro no encuentra uno al sur de Sierra Morena. El tipo predominante, al cual tienden todos, es el «yuntero», el propietario de una yunta de mulas. Hombres fornidos e imperturbables, vestidos con blusas azules o negras prietamente abotonadas en el cuello y colgando luego sueltas para mostrar un chaleco de pana y unos pantalones de

algodón: en sus cabezas un pañuelo o una gorra negra. Un tipo realmente campesino, que trabaja duro, y relativamente próspero. En Andalucía, por otra parte, el campesino no existe. La tierra produce allí un tipo de hombre más frívolo y móvil, que tan pronto como tiene un poco de dinero se limpia los zapatos y se viste como un «señorito». En el fondo todos los andaluces son habitantes de ciudad, inquietos, emocionales, habladores y artísticos.

La historia de la guerra en Pozoblanco es como sigue. Al principio los guardias civiles se apoderaron de la ciudad sin lucha. Luego, un mes más tarde, las milicias Rojas la capturaron y masacraron a sus defensores en número de 150. Aunque siete meses más tarde los Nacionales avanzaron desde Córdoba hasta sus inmediaciones, luego se vieron obligados a retroceder y no consiguieron tomarla hasta el final de la guerra. Durante su ocupación, los Rojos mataron a 500 de sus aproximadamente 15.000 habitantes (o según otros informantes a 300)... en otras palabras a todos los ciudadanos de cuello blanco que no habían conseguido escapar. La mayoría de ellos fueron fusilados en el barco prisión de Valencia durante los últimos estadios de la guerra controlados por los comunistas.

El pastelero de *La Primitiva* —éste era el apropiado nombre de la desastrada tiendecilla— me proporcionó un relato gráfico de su huida a través de la sierra, pero no parecía sentir ningún rencor por el peligro que había corrido. Hablando en general, la pequeña clase comerciante es tan hostil al régimen que se siente inclinada a mirar benévola a las acciones pasadas cometidas por los Rojos. Le pregunté si había sido muy molestado por los bandidos. Hacía poco, dijo, habían aterrizado al distrito, matando y robando con impunidad, pero ahora raras veces abandonaban la sierra. El mes pasado la Policía había disparado contra tres o cuatro de ellos, matándolos, y los había colgado de una picota como advertencia. Eran jóvenes de menos de veinte años, que habían abrazado aquella vida porque no querían trabajar. Durante el invierno los lobos y los jabalíes bajaron de las colinas y visitaron las granjas. Como nadie les disparó, se habían multiplicado enormemente.

Le pregunté cómo iban las cosas con la comida. Había montones de comida en el distrito, dijo, pero los jornales eran demasiado bajos. Todo el mundo excepto los asalariados tenían suficiente para comer.

—Pero mire —continuó—, yo aconsejaría encarecidamente a toda nación que se sienta inclinada a la guerra civil que piense en cualquier otra cosa antes de iniciar una. En tales guerras no gana nadie. Hoy en

día estamos mucho peor de lo que estábamos incluso en tiempos de la República, y el cielo sabe cuándo volveremos a estar un poco mejor de nuevo. Luego, todas esas ejecuciones y represalias destruyen a una nación. Los odios despertados por ellas durarán al menos un siglo.

Me había hecho amigo del posadero y su hermano. Eran dos hombres sensibles y bien informados que escuchaban el programa español de la BBC cada día. En la guerra apoyaron a los Nacionales —una actitud natural en un distrito donde todos los Republicanos eran trabajadores y socialistas—, pero, aunque profesaban admiración hacia Franco, no ocultaban su convicción de que todos los hombres que le rodeaban eran unos ladrones. (Esta opinión es casi universal). Les pregunté si pensaban que sería una buena cosa el que los americanos ofrecieran un préstamo a España.

—Si lo conceden —respondieron— será mejor que controlen muy estrictamente la forma en que es empleado. De otro modo, cada uno de sus céntimos irá a parar a los bolsillos de esa gente.

Les dije que eso era lo que pensaban también los cónsules extranjeros.

—¿Y cómo piensan que vivimos la gente al otro lado del mar? —preguntó el posadero.

—Crean que viven ustedes bajo una severa dictadura —respondí—, pero no tienen ni idea de la amplitud del hambre y la miseria.

—La dictadura acostumbraba a ser más severa —respondió—, pero últimamente se ha ablandado un poco. Su defecto ahora es que es demasiado débil. El Gobierno no hace nada para perseguir y castigar a los estraperlistas o para obligar a los terratenientes a dar trabajo. De hecho, los ricos hacen lo que quieren: para ellos las leyes no existen. Ahora debería verse en los terratenientes un fuerte impulso a abandonar el trabajo temporero y a mantener una fuerza laboral permanente, a la que pagaran durante todo el año.

—Pero eso, ¿cómo puede hacerse en los olivares? —pregunté.

—Bueno, pues como se ha hecho en otros países... cultivándolos mejor. En la actualidad no se podan los árboles ni se cava la tierra a su alrededor. Nuestros terratenientes no están interesados en una gran producción. En todo lo que piensan es en ahorrarse problemas y en mantener bajos sus costes de trabajo. Desde los tiempos de Primo de Rivera no ha habido ningún gobierno bueno.

Me di cuenta de que estaba de acuerdo con aquellos hombres. En el momento en que son abiertas en España las puertas de una ideología, los viejos espíritus utópicos brotan por todas partes, y los milagros

están simplemente a la vuelta de la esquina. Además, en un país donde la injusticia flota en el aire, la auténtica fuerza de todos los movimientos políticos es dada por la envidia y el odio, que crecen con lo que se alimentan y pronto adquieren enormes proporciones. La democracia, con sus reglas de Queensberry, se vuelve impracticable, debido a que en el momento en que la política deja de ser un simple juego las salidas bien de cualquier gobierno que, dejando el esquema social tal cual está, hace un auténtico y sostenido esfuerzo por incrementar la producción. Esto al menos distraería la atención de los españoles de sus habitualmente fútiles luchas y pondría en sus mentes la idea, tan nueva para ellos, de que la prosperidad es el resultado del trabajo y la organización inteligente. Sin embargo, me temo que un plan así posee también algo de utópico, porque ¿cómo puede uno encontrar una fuerza lo suficientemente intensa como para impulsar a los terratenientes a alterar sus actuales métodos de cultivo? Es difícil legislar la tierra, y aquellos que la poseen son maestros en la resistencia pasiva.

A la mañana siguiente tomamos el tren para Puertollano, en la entrada de La Mancha. Durante la primera hora o dos viajamos cruzando un monótono bosque de robles, cuyas bellotas sirven en otoño para engordar los negros cerdos: pero ahora no se veía ningún signo de vida excepto las charlatanas urracas. En Conquista, donde el ferrocarril había sido electrificado, el país se vuelve áspero y montañoso. Una compañía minera francesa ha plantado las colinas con pinos y eucaliptos, y bajo ellos crece una vigorosa flora de plantas de los maquis, entre las cuales vimos arbustos de hermosos brezos rosas y blancos (*Erica ciliaris*) que alcanzaban los tres metros de altura. Esas plantaciones muestran lo que puede hacerse respecto a la repoblación forestal, con sólo que el Estado se preocupara de tales asuntos. Luego un túnel, y emergimos arriba en la ladera de la montaña, sobre un valle desnudo y amarillo. Tenía unos ocho kilómetros de ancho y descendía suavemente entre sus orillas de colinas púrpura como si hubiera sido hecho por una escoba. Se trata del valle de Alcudia, que acostumbraba a ser los pastos de invierno de cerca de medio millón de ovejas. Su llana superficie carente de rasgos distintivos, sin una casa o árbol que interrumpiera su monotonía, estaba cubierta con una seca hierba. Pero cuando lo cruzamos, descubrimos que lo regaba por un arroyo, con un agua clara, tamariscos, y cigüeñas.

Puertollano se alza en una hondonada entre dos colinas, guardando la entrada a la llanura de La Mancha. Es una ciudad carbonífera, fea y